

**Saludo de Julián Carrón
al término del Triduo pascual de GS
Rimini, 19 abril 2014**

Queridos amigos,

El deseo de ser feliz aparece antes o después en la vida de cada persona. Desde ese momento la vida es distinta, y uno comprende que se trata de algo serio. «Mi vida es mía, irreductiblemente mía», decía don Giussani. Nada hay tan serio como la vida. Porque está en juego la felicidad, es decir, la razón de la vida.

Entonces la vida se vuelve dramática.

¿Por qué?

Porque ya no se puede vivir como si este deseo tan apremiante no se hubiese manifestado. Por el mismo hecho de advertirlo, yo ya soy distinto. Desde el momento en que lo presiento, dejo de ser un niño.

Empieza entonces la aventura de la vida, y con ella la lucha.

Es la lucha entre tomarse en serio este deseo y hacer como si no lo hubiésemos advertido.

Pero hay un inconveniente: es necesario quererse verdaderamente a uno mismo para comenzar esta lucha a la que me empuja incansablemente mi ser, mi humanidad.

La vida es, al final, un problema de afecto, de afecto por uno mismo.

Justamente para despertar este afecto, «Uno murió por todos». Y, al resucitar, ha vencido. Como testimonian los rostros de Pedro y de Juan, que corren hacia el sepulcro la mañana de la resurrección.

¿Quién no desea un afecto así?

Feliz Pascua, amigos.

Julián Carrón